

Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina

Michael S. Kimmel^{*}

“Es divertido” (dijo la esposa de Curley): “Si yo engancho un hombre y él está solo, me llevo bien con él. Pero basta que se junten dos tipos y ustedes no podrán hablar. Absolutamente nada, sitio estúpideces”. Ella deslizó sus dedos, poniendo sus manos en sus caderas. “Ustedes están todos asustados unos de otros, ésa es la razón. Cada uno está atemorizado de que los demás les saquen ventaja”.

John Steinbeck, Of Mice and Men (1937).

Pensamos que la virilidad es eterna, una esencia sin tiempo que reside en lo profundo del corazón de todo hombre. Pensamos que la virilidad es una cosa, una cualidad que alguien tiene o no tiene. Pensamos que la virilidades innata, que reside en la particular composición biológica del macho humano, el resultado de los andrógenos o la posesión de un pene. Pensamos de la virilidad como una propiedad trascendente tangible que cada hombre debe manifestar en el mundo, la recompensa presentada con gran ceremonia a un joven novicio por sus mayores por haber completado exitosamente un arduo rito de iniciación. En las palabras del poeta Rober Bly (1990), “la estructura que está al fondo de la psiquis masculina está aún tan firme, como lo estuvo hace veinte mil años” (p.230).

En este trabajo considero a la masculinidad como un conjunto de significados siempre cambiantes, que construimos a través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con los otros, y con nuestro mundo. La virilidad no es ni estática ni atemporal; es histórica; no es la manifestación de una esencia interior; es construida socialmente; no sube a la conciencia desde nuestros componentes biológicos; es creada en la cultura. La virilidad significa cosas diferentes en diferentes épocas para diferentes personas. Hemos llegado a conocer lo que significa ser un hombre en nuestra cultura al ubicar nuestras definiciones en

^{*} En: Valdes, Teresa y José Olavarría (edc.). *Masculinidad/es: poder y crisis*, Cap. 3, ISIS-FLACSO: Ediciones de las Mujeres N° 24, pp 49-62.

^{*} Extractos del capítulo Masculinity as Homophobia. Fear, Shame and Silence in the Construction of Gender Identity, publicado en Harry Brod y Michael Kaufman, editores, *Theorizing Masculinities*, Thousand Oaks, Sage Publications, 1994. Agradecemos la autorización del autor. Traducción de Oriana Jiménez

oposición a un conjunto de otros, minorías raciales, minorías sexuales, y, por sobre todo, las mujeres.

Nuestras definiciones de virilidad están constantemente cambiando, siendo desplegadas en el terreno político y social en el que se llevan a cabo las relaciones entre mujeres y hombres. De hecho, la búsqueda por una definición trascendente y atemporal de la masculinidad es en sí un fenómeno sociológico; tendemos a buscar lo eterno y atemporal durante los momentos de crisis, aquellos puntos de transición cuando las antiguas definiciones no sirven más y las nuevas están luchando por afirmarse.

Esta idea de que la virilidad está construida socialmente y que cambia con el curso de la historia, no debe ser entendida como una pérdida, como algo que se les quita a los hombres. De hecho, nos proporciona algo extraordinariamente valioso –la acción, la capacidad de actuar. Nos da un sentido de posibilidad histórica de reemplazar la abatida resignación, que invariablemente acompaña los esencialismos ahistóricos y atemporales. Nuestras conductas no son simplemente *sólo naturaleza humana*, porque los *niños serán siempre niños*. A partir de los elementos que existen a nuestro alrededor en nuestra cultura -personas, ideas, objetos- creamos activamente nuestros mundos, nuestras identidades. Los hombres pueden cambiar, tanto individual como colectivamente.

Las masculinidades como relaciones de poder

La masculinidad vigente en el mercado define las normas por las que se rige la virilidad norteamericana. Describe tanto el escenario en que ésta se expresa -la esfera pública y el mercado- como sus características: agresividad, competencia, ansiedad. Si el mercado es donde se verifica y prueba la virilidad, se trata por lo tanto de un escenario “generizado”, en el cual se cargan de significado las tensiones entre hombres y mujeres y entre distintos grupos de hombres. Estas tensiones sugieren que las definiciones culturales de género son puestas en escena en un terreno en disputa y son, en sí mismas, relaciones de poder.

No todas las masculinidades son creadas iguales; o más bien, todos somos *creados* iguales, pero cualquier igualdad hipotética se evapora rápidamente, porque nuestras definiciones de masculinidad no se valoran del mismo modo en nuestra sociedad. *Una* definición de hombría sigue siendo la norma con relación a la cual se miden y evalúan otras formas de virilidad. Dentro de la cultura dominante, la masculinidad que define a los blancos, de clase media, adultos jóvenes heterosexuales, es el modelo que establece los *standards*

para otros hombres, en base a la cual se miden otros varones y, a los que, más comúnmente de lo que se cree, ellos aspiran. El sociólogo Erving Goffman (1963) escribió que en Estados Unidos, hay sólo “un varón completo, íntegro”:

Un joven, casado, blanco, urbano, heterosexual norteamericano, padre protestante de educación universitaria, empleado a tiempo completo, de buen aspecto, peso y altura, con un récord reciente en deportes. Cada varón estadounidense tiende a observar el mundo desde esta perspectiva... Todo hombre que falle en calificar en cualquiera de esas esferas, es probable que se vea a sí mismo... como indigno, incompleto, e inferior. (p.128)

Esta es la definición que llamaremos masculinidad *hegemónica*, la imagen de masculinidad de aquellos hombres que controlan el poder, que ha llegado a ser la norma en las evaluaciones psicológicas, en la investigación sociológica y en la literatura de autoayuda y de consulta destinada a enseñar a los hombres jóvenes cómo llegar a ser “verdaderos hombres” (Connell, 1987). La definición hegemónica de la virilidad es un hombre *en* el poder, un hombre *con* poder, y un hombre *de* poder. Igualamos la masculinidad con ser fuerte, exitoso, capaz, confiable, y ostentando control. Las propias definiciones de virilidad que hemos desarrollado en nuestra cultura perpetúan el poder que unos hombres tienen sobre otros, y que los hombres tienen sobre las mujeres.

La definición de nuestra cultura sobre la masculinidad implica, de esta manera, varias historias a la vez. Se trata de la búsqueda del hombre individual para acumular aquellos símbolos culturales que denotan virilidad, señales de que él lo ha logrado (ser hombre). Se trata de esas normas que son usadas contra las mujeres para impedir su inclusión en la vida pública y su confinamiento a la devaluada esfera privada. Se trata del acceso diferenciado que distintos tipos de hombres tienen a esos recursos culturales que confieren la virilidad y de cómo cada uno de estos grupos desarrolla entonces sus propias modificaciones para preservar y reclamar su virilidad. Se trata del propio poder de estas definiciones, que sirven para mantener el poder efectivo que los hombres tienen sobre las mujeres y que algunos hombres tienen sobre otros hombres.

Esta definición de virilidad ha sido resumida inteligentemente por el psicólogo Robert Brannon (1976) en cuatro frases breves:

1. “¡Nada con asuntos de mujeres!” Uno no debe hacer nunca algo que remotamente sugiera femineidad. La masculinidad es el repudio implacable de lo femenino.

2. "¡Sea el timón principal!". La masculinidad se mide por el poder, el éxito, la riqueza y la posición social. Como lo afirma el dicho común "El que al terminar tiene la mayoría de las piezas, gana".
3. "¡Sea fuerte como un roble!". La masculinidad depende de permanecer calmado y confiable en una crisis, con las emociones bajo control. De hecho, la prueba de que se es un hombre consiste en no mostrar nunca emociones. Los muchachos no lloran.
4. "¡Mándelos al infierno!". Exude una aura de osadía varonil y agresividad. Consígalo, arriésguese.

Estas reglas contienen los elementos de la definición con la que se mide virtualmente a todos los varones estadounidenses. El fracaso en encarnar estas reglas, en afirmar el poder de tales reglas y el logro de éstas, es una fuente de la confusión y dolor de los hombres. Tal modelo es, por supuesto, irrealizable para cualquier persona. Pero seguimos intentando alcanzarlo, valiente y vanamente. La masculinidad estadounidense es una prueba implacable.¹ La prueba principal está contenida en la primera regla. Cualesquiera sean las variaciones de raza, clase, edad, etnia, u orientación sexual, ser un hombre significa *no ser como las mujeres*. Esta noción de antifemineidad está en el corazón de las concepciones contemporáneas e históricas de la virilidad, de tal forma que la masculinidad se define más por lo que uno no es, que por lo que se es.

La masculinidad como huida de lo femenino

Histórica y evolutivamente se ha definido la masculinidad como la huida de las mujeres, el repudio de la femineidad. Desde Freud hemos llegado a entender que, en términos evolutivos, la tarea central que cada niño debe enfrentar es desarrollar una identidad segura de sí mismo como hombre. Tal como Freud lo sostenía, el proyecto edípico es un proceso de la renuncia del niño a su identificación con el profundo vínculo emocional con su madre, reemplazándola entonces por el padre como objeto de identificación. Nótese que él vuelve a identificarse pero nunca se vuelve a atar. Todo este proceso, argumentó Freud, se pone en movimiento por el deseo sexual del muchacho por su madre. Pero el padre se alza en el camino del hijo y no concederá a ese niño pequeño, su propiedad

¹ A pesar de que aquí me estoy refiriendo solamente a la masculinidad estadounidense, estoy consciente de que otros han ubicado esta inestabilidad crónica y los esfuerzos para probar la virilidad, en ámbitos culturales y económicos de la sociedad occidental. Calvino, además, atacó con vehemencia la desgracia "de los hombres de afeminarse" e innumerables otros teóricos han descrito las mecánicas de prueba de la virilidad (ver, por ejemplo, Seidler, 1994).

sexual. Entonces, la primera experiencia emocional del muchacho, la que sigue inevitablemente a su experiencia de deseo, es el temor –el miedo a su padre, quien es más grande, más fuerte, y más poderoso sexualmente. Es este miedo, simbólicamente experimentado como el miedo de castración, lo que Freud argumenta que empuja al niño a renunciar a su identificación con su madre y a buscarla con su padre, el ser que es la fuente real de su miedo. Al hacerlo así, el muchacho es ahora simbólicamente capaz de la unión sexual con un sustituto similar a su madre, es decir una mujer. Al mismo tiempo adquiere género (masculino) y se convierte en heterosexual.

La masculinidad, en este modelo, está irrevocablemente ligada a la sexualidad. La sexualidad del muchacho se parecerá ahora a la sexualidad de su padre (o por lo menos, a la manera que él se imagina a su padre): amenazante, devastador, posesivo, y posiblemente, castigador. El muchacho ha llegado a identificarse con su opresor; ahora él mismo puede llegar a ser el opresor. Pero un terror se mantiene, el terror de que el joven muchacho sea desenmascarado como un fraude, como un hombre que no se ha separado completa e irrevocablemente de su madre. Serán otros hombres los que lo desenmascararán. El fracaso dejará de-sexuado al hombre, haciéndolo aparecer como que no es un hombre total. Será considerado un timorato, un hijito de su mamá, un afeminado.

Después de despegarse de su madre, el muchacho llega a verla no como una fuente nutricia y de amor, sino como una criatura que lo infantiliza insaciablemente, capaz de humillarlo delante de sus pares. Ella lo hace vestirse con ropas incómodas y que le provocan picazón, sus besos le manchan sus mejillas con lápiz labial, tiñendo su inocencia infantil con la marca de la dependencia femenina; No hay que extrañarse del rechazo a los abrazos de su madre, con gemidos de “Ya, pues, mamá! Córdala!” Las madres representan la humillación de la infancia, desvalida y dependiente. “No obstante, los hombres actúan como si estuvieran siendo guiados por (o rebelándose contra) las reglas y prohibiciones enunciadas por una madre moral”, escribe el psico-historiador Geoffrey Gorer(1964). Como resultante, “todas las delicadezas de la conducta masculina -la modestia, la cortesía, la pulcritud, la limpieza- son consideradas concesiones a las demandas femeninas, y no buenas en sí mismas, como parte de la conducta de un hombre cabal” (pp.56, 57).

La huida de la femineidad es enojada y temerosa porque la madre puede castrar tan fácilmente al muchacho debido a su poder para volverlo dependiente, o por lo menos de recordarle la dependencia. Esto ocurre inexorablemente; la hombría llega a ser una búsqueda de toda la vida para demostrar su logro, como si probáramos lo improbable a los demás, porque nos sentimos tan inseguros de nosotros mismos. Las mujeres no se sienten

frecuentemente forzadas a *probar su condición de mujer*, la propia frase suena ridícula. Ellas tienen otro tipo de crisis de identidad de género; su enojo y frustración, y sus propios síntomas de depresión, se deben más al hecho de ser excluidas que al cuestionamiento de si son lo suficientemente femeninas.²

El impulso de repudiar a la madre como indicador de la adquisición de identidad de género masculina tiene tres consecuencias para el muchacho. Primero, empuja lejos a su madre real, y con ella a los rasgos de acogida, compasión y ternura que pudiera haber encarnado. Segundo, suprime esos rasgos en sí mismo, porque revelarán su incompleta separación de la madre. Su vida deviene un proyecto permanente: demostrar que no posee ninguno de los rasgos de su madre. La identidad masculina nace de la renuncia a lo femenino, no de la afirmación directa de lo masculino, lo cual deja a la identidad de género masculino tenue y frágil. Tercero, con el propósito de demostrar el cumplimiento de estas primeras dos tareas, el muchacho también aprende a devaluar a todas las mujeres en su sociedad, como encarnaciones vivientes de aquellos rasgos de sí mismo que ha aprendido a despreciar. Estuviere o no informado de ello, Freud también describió los orígenes del sexismo –la desvalorización sistemática de las mujeres- en los esfuerzos desesperados del muchacho para separarse de su madre. Nosotros podemos *querer* “a una muchacha igual a la que se casó con mi querido papá”, como lo expresa la canción popular, pero ciertamente no queremos *ser como* ella.

Esta incertidumbre crónica sobre la identidad de género ayuda a entender varias conductas obsesivas. Tomemos, por ejemplo, el recurrente problema del matón del patio de la escuela. Los padres nos recuerdan que el matón es el *menos* seguro acerca de su virilidad, y que por ello está constantemente tratando de probarlo. Pero él lo prueba escogiendo antagonistas que está seguro de derrotar; por lo tanto, la burla a un matón es “golpea a alguien de tu mismo tamaño”. No obstante, él no puede, y después de derrotar a un oponente más pequeño y débil, con el cual estaba seguro que probaría su virilidad, se queda con la sensación de vacío que lo carcome, de que después de todo, no lo ha

² Esto no significa argumentar que las mujeres no tienen ansiedades sobre si son lo suficientemente femeninas. Pregúntele a cualquiera cómo se siente si es calificada como agresiva-, eso le provocará frío en el alma, porque su femineidad está bajo sospecha. (Creo que la razón de la actual popularidad de la ropa interior sexy entre las mujeres es que les permite recordar que son femeninas aún bajo el severo traje empresarial, una vestimenta que imita el estilo masculino). Pero también creo que los escollos no son tan grandes para las mujeres, y que tienen una mayor amplitud para definir sus identidades en torno a esas interrogantes, que la que poseen los hombres. Tales son las ironías del sexismo: el poderoso tiene una gama más reducida de opciones que el que carece de poder, porque éste puede *también* imitar al poderoso y pasar de largo. Se puede aún mejorar el estatus o condición social, si se hace con encanto y gracia, y no se convierte en una amenaza. Para el poderoso, cualquiera insinuación de comportarse como el marginal es perder la gracia.

probado, y que debe encontrar a otro contrincante, de nuevo uno más pequeño y más débil, que pueda derrotar, para probárselo a sí mismo.³

Una de las ilustraciones más gráficas de esta eterna prueba de la propia hombría ocurrió en la ceremonia de entrega de Premios de la Academia (*Oscar*), en 1992. Jack Palance, envejecido actor, que otrora desempeñara roles duros, al aceptar el premio como mejor actor secundario por su papel en la comedia de vaqueros *City Slickers*, comentó que las personas, sobre todo los productores de cine, pensaban que debido a sus 71 años, todo estaba acabado, que él ya no era competente. “¿Podemos arriesgarnos con este tipo?” señaló, adjudicándoles la pregunta, y acto seguido se dejó caer al suelo para realizar numerosas flexiones apoyado en un brazo. Fue patético ver a ese actor de larga trayectoria teniendo que probar que todavía era lo suficientemente varonil para trabajar y, como también lo comentó en el escenario, para tener sexo.

¿Cuándo acaba esto? Nunca. Admitir debilidad, flaqueza o fragilidad, es ser visto como un enclenque, afeminado, no como un verdadero hombre. Pero, ¿visto por quién?

La masculinidad como validación homosocial

Otros hombres: estamos bajo el cuidadoso y persistente escrutinio de otros hombres. Ellos nos miran, nos clasifican, nos conceden la aceptación en el reino de la virilidad. Se demuestra hombría para la aprobación de otros hombres. Son ellos quienes evalúan el desempeño. El crítico literario David Leverenz (1991) argumenta que las ideologías de la virilidad han funcionado principalmente respecto a la mirada de los pares del varón y a la autoridad masculina” (p.769). Piensen en cómo los hombres alardean entre sí de sus logros –desde su última conquista sexual al tamaño del pez que pescaron- y cómo constantemente pasamos revista a los indicadores de la virilidad -riqueza, poder, posición social, mujeres atractivas- frente a otros hombres, desesperados por obtener su aprobación.

El hecho que esos hombres prueben su virilidad a los ojos de otros hombres es a la vez consecuencia del sexismo y uno de sus puntales principales. “Las mujeres tienen, en la mente de los hombres, un lugar tan bajo en la escala social de este país, que resulta inútil que tú te definas a ti mismo, en los términos de una mujer”, expresó el dramaturgo David Mamet. “Lo que los hombres necesitan es la aprobación de los propios hombres”. Las

³ Tales observaciones también llevaron al periodista Heywood Brown a argumentar que la mayoría de los ataques contra el feminismo vino de hombres cuya estatura era menor a 1.70 m. "El hombre, cualquiera sea su tamaño físico, que se siente seguro de su masculinidad y de su relación con la vida, raramente está resentido con el sexo opuesto" (citado en Symes, 1930,1). 139).

mujeres llegan a ser un tipo de divisa que los hombres usan para mejorar su ubicación en la escala social masculina. (Hasta esos momentos de heroicas conquistas de mujeres, conllevan yo creo, una corriente de evaluación homosocial). La masculinidad es una aprobación "homosocial". Nos probamos, ejecutamos actos heroicos, tomamos riesgos enormes, todo porque queremos que otros hombres admitan nuestra virilidad.

La masculinidad como legitimación homosocial está llena de peligros, con riesgos de fracaso y con una competencia intensa e implacable. "Cada hombre que encuentras, tiene una valoración o una estimación de sí mismo que nunca pierde u olvida", escribió Kenneth Wayne (1912) en su popular libro de consejos de comienzos de siglo. "El hombre tiene su medición propia, e instantáneamente la ubica al costado del otro hombre" (p.18). Casi un siglo más tarde, otro hombre comentó al psicólogo Sam Osherson (1992) que "cuando ya eres un adulto, es fácil pensar que siempre estás en competencia con los hombres, por la atención de las mujeres, en los deportes, en el trabajo" (p.291).

La masculinidad como homofobia

Si la masculinidad es una aprobación homosocial, su emoción más destacada es el miedo. En el modelo de Freud, el miedo del poder del padre aterra al muchacho joven llevándolo a renunciar al deseo por su madre y a identificarse con él. Este modelo une la identidad de género con la orientación sexual: la identificación del niño pequeño con su padre (que lo lleva a ser masculino) le permite ahora comprometerse en relaciones sexuales con mujeres (se vuelve heterosexual). Este es el origen de cómo podemos leer la orientación sexual de alguien a través del exitoso desempeño de la identidad de género. Segundo, el miedo que siente el pequeño no lo hace salir corriendo a los brazos de su madre para que lo proteja de su padre. Más bien, él cree que superará su miedo al identificarse con la fuente que origina dicho temor. Llegamos a ser masculinos al identificarnos con nuestro opresor.

Pero hay una pieza que falta de este enigma, una pieza que el mismo Freud incluyó pero que no desarrolló.⁴ Si el muchacho en la etapa preedípica se identifica con su madre, *ve el mundo a través de los ojos de su madre*. Así, cuando se confronta con su padre durante su gran crisis de la etapa edípica, experimenta una visión dividida: ve a su padre como su madre ve a su padre, con una combinación de temor, maravilla, terror, y *deseo*.

⁴ Algunos de los seguidores de Freud, tales como Ana Freud y Alfred Adler, sí desarrollaron esos típicos (ver especialmente a Adler, 1980). Estoy muy agradecido de Terry Kupers por su ayuda en la profundización de las ideas de Adler.

Simultáneamente ve al padre como a él –el muchacho- le gustaría verlo –como el objeto no de deseo pero sí de emulación. Al repudiar a su madre y al identificarse con su padre, sólo da respuesta en forma parcial a su dilema. ¿Qué puede hacer con ese deseo homoerótico, el deseo que sentía porque veía a su padre de la manera que su madre lo veía?

Debe suprimir tal deseo. El deseo homoerótico es desechado como deseo femenino, en cuanto es el deseo por otros hombres. La homofobia es el esfuerzo por suprimir ese deseo, para purificar todas las relaciones con otros hombres, con las mujeres, con los niños, y para asegurar que nadie pueda alguna vez confundirlo con un homosexual. La huida homofóbica de la intimidad con otros hombres es el repudio al homosexual que está dentro de sí, tarea que nunca es totalmente exitosa y que por esto es constantemente revalidada en cada relación homosocial. “Las vidas de la mayoría de los hombres estadounidenses están limitadas y sus intereses son diariamente mutilados por la necesidad constante de probar a sus compañeros, y a sí mismos, que no son afeminados ni homosexuales”, escribe el historiador psicoanalítico Geoffrey Gorer (1964). “Cualquier interés o búsqueda identificada como femenina deviene profundamente sospechosa para los hombres” (p. 129).

Aun cuando no suscribimos las ideas psicoanalíticas de Freud, podemos observar todavía cómo, en términos menos sexualizados, el padre es el primer hombre que evalúa el desempeño masculino del muchacho, el primer par de *ojos* de varón frente a los cuales él se trata de probar a sí mismo. Esos *ojos* lo seguirán por el resto de su vida. Otros *ojos* de hombres se unirán a aquellos -los *ojos* de los modelos, tales como los maestros, los entrenadores, los jefes, o de héroes de los medios de comunicación; *los ojos* de sus pares, de sus amigos, de sus compañeros de trabajo; y los *ojos* de millones de otros hombres, vivos y muertos, de cuyo constante escrutinio su desempeño no se encontrará jamás libre. “La tradición de todas las generaciones pasadas pesa como una pesadilla en el cerebro del viviente”, fue como Karl Marx los sintetizó hace más de un siglo (1848/1964, p.11). “La primogenitura de cada varón estadounidense es una sensación crónica de inadecuación personal”, es la forma en que dos psicólogos lo describen actualmente (Woolfolk & Richardson, 1978, p.57).

Esa pesadilla, de la cual nunca parecemos despertar, es que esos otros hombres verán esa sensación de inadecuación, verán que ante nuestros propios *ojos* no somos lo que fingimos ser. Lo que llamamos masculinidad es a menudo una valla que nos protege de ser descubiertos como un fraude, un conjunto exagerado de actividades que impide a los demás ver dentro de nosotros, y un esfuerzo frenético para mantener a raya aquellos miedos que están dentro de nosotros. Nuestro verdadero temor “no es miedo de las mujeres

sino de ser avergonzados o humillados delante de otros hombres, o de ser dominados por hombres más fuertes” (Leverenz, 1986, p.451).

Este es entonces el gran secreto de la virilidad estadounidense: *estamos asustados de otros hombres*. La homofobia es un principio organizador de nuestra definición cultural de virilidad. La homofobia es más que el miedo irracional por los hombres *gay*, es más que el miedo de lo que podemos percibir como *gay*. “La palabra *amanerado* no tiene nada que ver con la experiencia homosexual o incluso con los miedos por los homosexuales”, escribe David Leverenz (1986). “Sale de las profundidades de la virilidad: una etiqueta de enorme desprecio por alguien que parece afeminado, blando, sensible” (p.455). La homofobia es el miedo a que otros hombres nos desenmascaren, nos castren, nos revelen a nosotros mismos y al mundo que no alcanzamos los standards, que no somos verdaderos hombres. Tenemos temor de permitir que otros hombres vean ese miedo. Este nos hace avergonzarnos, porque su reconocimiento en nosotros mismos es una prueba de que no somos tan varoniles como pretendemos, tal como lo expresa un joven en un poema de Yeats, “uno que se eriza en una pose varonil con todo su tímido corazón”. Nuestro miedo es el miedo de la humillación. Tenemos vergüenza de estar asustados.

La vergüenza conduce al silencio -los silencios que permiten creer a otras personas que realmente aprobamos las cosas que se hacen en nuestra cultura a las mujeres, a las minorías, a los homosexuales y a las lesbianas. El silencio aterrador cuando echamos a correr presurosos, dejando atrás a una mujer que está siendo acosada por hombres en la calle. Ese furtivo silencio cuando los hombres hacen chistes sexistas o racistas en el bar. Ese pegajoso silencio cuando los tipos en la oficina hacen chistes sobre ataques a los *gay*. Nuestros miedos son la fuente de nuestros silencios, y los silencios de los hombres es lo que mantiene el sistema. Esto puede ayudar a explicar por qué a menudo las mujeres se lamentan que sus amigos o compañeros varones son tan comprensivos cuando están solos, pero que cuando salen en grupo celebran los chistes sexistas o más aún, son ellos mismos los que los cuentan.

El miedo de verse como un afeminado domina las definiciones culturales de virilidad. Ello se inicia muy temprano. “Los muchachos entre ellos mismos se avergüenzan de ser no varoniles”, escribió un educador en 1871 (citado en Rotundo, 1993, p.264). Tengo una apuesta pendiente con un amigo de que puedo entrar a cualquier patio de recreo en los Estados Unidos donde jueguen niños de 6 años y por el solo hecho de formular una pregunta, puedo provocar una pelea. Esta es simple: “¿Quién es un afeminado por estos lados?” Una vez formulada, se ha hecho el desafío. Es probable que ocurra una de dos

cosas. Un muchacho acusará a otro de serio, a lo que ese muchacho responderá que él no es el afeminado, pero que el primero sí lo es. Ellos tendrán que pelear para ver quien está mintiendo. O un grupo entero de muchachos rodeará a uno de ellos y gritarán todos “¡El es! ¡El es!”. Ese muchacho o se deshace en lágrimas y corre a su casa llorando, sintiéndose un desgraciado, o tendrá que enfrentarse a varios niños al mismo tiempo para probar que él no es un afeminado (¿Y qué le dirán su padre o hermanos mayores, si prefiere irse corriendo a su casa llorando?). Pasará algún tiempo antes de que recobre algún sentido de autoestima.

La violencia es, a mentido, el indicador más evidente de la virilidad. Más bien es la disposición, el deseo de luchar. El origen de la expresión *tener una astilla en el hombro*, viene de la practica de un adolescente en el campo o pueblo pequeño a inicios de este siglo, quien literalmente caminaba por todas partes con una astilla de madera balanceándose en su hombro, como signo de su disposición para luchar de inmediato con cualquiera que tomara la iniciativa de quitársela. (ver Gorer, 1964, p.38; Mead, 1965).

Como adolescentes, aprendemos que nuestros pares son un tipo de policía de género, constantemente amenazando con desenmascaramos como afeminados, como poco hombres. Uno de los trucos favoritos que teníamos cuando yo era adolescente, era pedirle a un muchacho que mirara sus uñas. Si él acercaba su palma hacia su cara y doblaba sus dedos para verlas, pasaba la prueba. Se miraba sus uñas “como un hombre”. Pero si ponía su palma hacia abajo y lejos de su cara, y luego se miraba las uñas de las manos con el brazo estirado, era ridiculizado inmediatamente como afeminado.

Cuando somos jóvenes observamos constantemente esas barreras de género, verificando los cercos que hemos construido en el perímetro, asegurando que nada remotamente femenino se cuele a través de ellos. Las posibilidades de ser desenmascarados están por todas partes. Incluso la cosa aparentemente más insignificante puede significar una amenaza o activar ese terror tan persistente. El día en que los estudiantes de mi curso “Sociología de los hombres y sus masculinidades” debían discutir la homofobia y las amistades entre varones, un estudiante entregó una ilustración conmovedora. Observando que era un hermoso día, el primero de primavera después del invierno brutal del nordeste, decidió ponerse pantalones cortos para asistir a clases. “Tengo un par de pantalones cortos, muy buenos del tipo Madras”, comentó. “Pero –entonces pensé- estos pantalones cortos tienen algo de color lavanda y rosa. Hoy el tópico de la clase será la homofobia. Quizá hoy no es el mejor día para usar esos pantalones”.

Nuestros esfuerzos por mantener una fachada varonil cubren todo lo que hacemos. Lo que usamos. Cómo caminamos. Qué comemos. Cada amaneramiento, cada movimiento contiene un lenguaje codificado de género. Piensen, por ejemplo, cómo contestar la pregunta: ¿Cómo sabe usted si un hombre es homosexual? Cuando hago esta pregunta en clases o talleres, las respuestas invariablemente proveen una lista bastante típica de conductas afeminadas. Camina de una cierta manera, habla de cierta forma, actúa de cierto modo; es muy emocional; muestra sus sentimientos. Una mujer comentó que ella sabe si un hombre es *gay* si él se preocupa realmente de ella; otra dijo que ella sabe si él es *gay* si no muestra interés en ella, si la deja sola.

Ahora cambien la pregunta e imaginen lo que los hombres heterosexuales hacen para asegurarse que nadie podría tener la posibilidad de una idea errada sobre ellos. Las respuestas típicamente se refieren a los estereotipos originales, esta vez como un conjunto de reglas negativas acerca de la conducta. Nunca se vista de esa manera. Nunca hable o camine de esa forma. Nunca muestre sus sentimientos o nunca se ponga emocional. Siempre esté preparado para demostrar interés sexual por las mujeres que encuentre, así resulta imposible para cualquier mujer hacerse una idea errada sobre usted. En este sentido, la homofobia, el miedo de ser percibido como *gay*, no como un verdadero hombre, mantiene a todos exagerando las reglas tradicionales de la masculinidad, incluyendo la explotación sexual de mujeres. La homofobia y el sexismo van de la mano.

Las consecuencias de ser percibidos como afeminados son enormes, a veces asunto de vida y muerte. Nos exponemos a grandes riesgos para probar nuestra condición de hombre, con la salud, en los lugares de trabajo, y con enfermedades tensionales. Los hombres se suicidan con una frecuencia tres veces mayor que las mujeres. El psiquiatra Willard Gaylin (1992) explica que eso se debe “invariablemente a la percepción de una humillación social”, con frecuencia ligada al fracaso en los negocios:

Los hombres se deprimen por la pérdida de posición social y de poder en el mundo de los hombres. No es la pérdida de dinero, o de las ventajas materiales que el dinero puede comprar lo que produce la desesperación que conduce a la autodestrucción. Es la “vergüenza”, la “humillación”, el sentimiento de “fracaso” personal... Un hombre se desespera cuando ha dejado de ser un hombre entre los hombres. (p.32)

En un estudio se preguntó a mujeres y hombres qué era lo que más temían. Mientras las mujeres respondieron que a ser violadas y asesinadas, los hombres contestaron que lo que más les asustaba era ser motivo de risa (Noble, 1992, p.105-106).

La homofobia como causa del sexismo, heterosexismo y racismo

La homofobia está íntimamente entrelazada tanto con el sexismo como con el racismo. El miedo -a veces consciente, otras no- de que otros puedan percibirnos como homosexuales nos presiona a ejecutar todo tipo de conductas y actitudes exageradamente masculinas, para asegurarnos de que nadie pueda formarse una idea errada sobre nosotros. Una de las piezas centrales de esa exagerada masculinidad es rebajar a las mujeres, tanto excluyéndolas de la esfera pública como con descalificaciones cotidianas en lenguaje y conductas que organizan la vida diaria del hombre estadounidense. Las mujeres y los hombres gay se convierten en el otro contra los cuales los hombres heterosexuales proyectan sus identidades, contra quienes ellos barajan el naipe de modo de competir en condiciones que les asegure ganar, y de este modo al suprimirlos, proclamar su propia virilidad. Las mujeres amenazan con castración por representar el hogar, el lugar de trabajo y las responsabilidades familiares, la negación de la diversión. Los hombres gay históricamente han desempeñado el rol del afeminado consumado en la mentalidad popular estadounidense porque la homosexualidad es vista como una perturbación del normal desarrollo de género. Ha habido también otros *otros*. A través de la historia estadounidense, varios grupos han representado al afeminado, el no-hombre contra quienes los hombres llevaron a cabo sus definiciones de virilidad, a menudo con viciados resultados. De hecho, estos grupos cambiantes entregan una lección interesante en el desarrollo histórico estadounidense.

En los inicios del siglo diecinueve, fueron los europeos y los niños los que proveyeron el contraste para los hombres estadounidenses. El “verdadero americano era vigoroso, varonil, y directo, no débil ni corrupto como los supuestos europeos” escribe Rupert Wilkinson (1986). “Era sencillo en lugar de adornado, rudo en vez de un procurador de lujos, un hombre común amante de la libertad o un caballero natural en vez de un opresor aristocrático o un esbirro servil” (p.96). El *verdadero hombre* de los inicios del siglo diecinueve no era ni noble ni siervo. A mediados de ese siglo, los esclavos negros habían reemplazado al enclenque hombre noble. Los esclavos eran vistos como hombres dependientes, desvalidos, incapaces de defender a sus mujeres y niños, y por lo tanto menos que varoniles. Los indígenas nativos fueron representados como muchachos tontos e ingenuos, por eso podían ser infantilizados como los Niños Rojos del Gran Padre Blanco, y por ello excluidos de la plena hombría.

A fines del siglo diecinueve, nuevos inmigrantes europeos se sumaron a la lista de los poco-hombres, sobre todo los irlandeses e italianos, quienes eran vistos como demasiado apasionados y emocionalmente volátiles para permanecer como robles, y los judíos, demasiado estudiosos y poco prácticos, y demasiado endeble físicamente para realmente cumplir los *standards*. A mediados del siglo veinte fueron también los asiáticos -primero los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, y más recientemente los vietnamitas durante la Guerra de Vietnam- quienes han servido como modelos de poco-hombres contra los cuales los estadounidenses han lanzado su rabia genérica. Los asiáticos fueron vistos como pequeños, blandos, y afeminados, difícilmente como verdaderos hombres.

Tal lista de estadounidenses *averiados* -italianos, judíos, irlandeses, africanos, indígenas nativos, asiáticos, homosexuales- reúne la mayoría de los hombres estadounidenses. Así, la virilidad es sólo posible para una minoría particular, y la definición ha sido construida para prevenir que los otros la logren. La castración de los propios enemigos tiene un lado sorprendente, que está igualmente provisto de género. Estos mismos grupos que han sido representados como menos varoniles fueron frecuentemente también, y en forma simultánea, representados como hipermasculinos, como sexualmente agresivos, como insaciables bestias rapaces, contra quienes los hombres *civilizados* deben tomar una posición firme y en consecuencia, rescatar a la civilización. En efecto, se describió a los negros como desenfrenadas bestias sexuales, a las mujeres como carnívoramente carnales, a los hombres *gay* como sexualmente insaciables, a los europeos de sur como sexualmente depredadores y voraces, y a los asiáticos como verdugos viciosos y crueles sin moral y sin interés en la vida, dispuestos a sacrificar a todo su pueblo por sus caprichos. No obstante, si uno viera a esos grupos como enclenques o como salvajes brutales e incivilizados, los términos en que fueron percibidos son de género. Estos grupos se convierten en los *otros*, las pantallas contra las cuales se proyectan las concepciones tradicionales sobre la hombría.

Ser visto como poco-hombre es un miedo que impulsa a los estadounidenses a negar la hombría a los otros, como una manera de probar lo improbable, que se es totalmente varonil. La masculinidad deviene una defensa contra la percibida amenaza de humillación a los ojos de otros hombres, actualizada por una "secuencia de posturas" –las cosas que podríamos decir, hacer e incluso pensar, que, si pensamos cuidadosamente, podrían llevarnos a avergonzarnos de nosotros mismos (Sabrán, 1992, p.16.). Después de todo ¿Cuántos de nosotros hemos traducido esas ideas y esas palabras en acciones,

atacando a los hombres gay, o forzando o engatusando a una mujer para tener sexo aunque ella verdaderamente no quería, porque era importante para ganar puntos?

Referencias

- Adler, A. 1980. *Cooperation Between the Sexes: Writing on Women, Love and Marriage, Sexuality and its Disorders* (H. Ansbaacher & Ansbacher, ed. & traducción). New York: Jason Aronson.
- Arendt, H. 1970. *On Revolution*. New York: Viking.
- Bly, R. 1990. *Iron John: A Book About Men*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Brannon, R. 1976. The Male Sex Role – and What it's Done for us Lately. En: Brannon & D. David (eds), *The Forty-nine Percent Majority* (pp. 1-40). Reading, MA: Addison-Wesley
- Connell, R. W. 1987. *Gender and Power*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Farrell, W. 1986. *Why Men are the Way they are*, New York: McGraw-Hill.
- 1993. *The Myth of Male Power: Why Men are the Disposable Sex*. New York: Simon & Schuster.
- Freud, S. 1933/1966. *New Introductory Lectures on Psychoanalysis* (L. Strachey, ed.) New York: Norton.
- Gaylin, W. 1992. *The Male Ego*. New York: Viking.
- Goffman, E. 1963. *Stigma*, Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Gorer, G. 1964. *The American People: A Study in National Character*. New York: Norton
- Kaufman M. 1993. *Cracking the Armour: Power and Pain in the lives of Men*. Toronto: Viking Canada.
- Keen, S. 1991. *Fire in the Belly*. New York: Bantam.
- Kimmel, M.S. (en prensa). *Manhood: The American Quest*. New York: Norton: HarperCollins.
- Leverenz, D. 1986. *Manhood, Humiliation and Public Life Some Stories*. Southwest Review, 71. Fall
- 1991. The Last Real Man in America: From Natty Bumppo to Batman. *American Literary Review*, 3.
- Marx, K., & F. Engels. 1848/1964. *The Communist Manifesto*. En: R. Tucker (ed.), *The Marx-Engels Reader*. New York: Norton.

- Mead, M. 1965. *And Keep your Powder Dry*. New York: William Morrow.
- Moore, R., & Gillette, D. 1991. *King, Warrior, Magician Lover*. New York: William Morrow.
- 1992. *The King Within: Accessing the king in the Male Psyche*. New York: William Morrow.
- 1993a. *The Warrior Within: Accessing the Warrior in the Male Psyche*. New York: William Morrow.
- 1993b. *The Magician Within: Accessing the Magician in the Male Psyche*. New York: William Morrow.
- Noble, V. 1992. A. Helping Hand Form the Guys. En K.L. Hagan (ed), *Women Respond to the Men's Movement*. San Francisco: HarperCollins.
- Osherson, S. 1992. *Wrestling with Love: How Men Struggle with Intimacy, with Women, Children, Parents, and Each Other*. New York: Fawcett
- Rotundo, E. A. 1993. *American Manhood: Transformations in Maculinity from the Revolution to the Modern Era*. New York: Basic Books.
- Savran, D. 1992. *Communist, Cowboys and Queers: The Politics of Masculinity in the Work of Arthur Miller and Tennessee Williams*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Seidler, V.J. 1994 *Unreasonable Men: Masculinity and Social Theory*. New York: Routledge.
- Symes, L. 1930. *The New Masculinism*. Harper's Monthly, 161. January.
- Tocqueville, A. de. 1835/1967. *Democracy in America*. New York: Anchor
- Wayne, K. 1912 *Building the Young Man*. Chicago: A. C. McClurg
- Weber, M. 1905/1966. *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. New York: Charles Scribner's.
- What Men Need is Men's Approval. 1993, January 3. *The New York Times*, p.C-11
- Wilkinson, R. 1986. *American Tough: The Tough-guy Tradition and American Character*. New York: Harper & Row.
- Woolfolk, R.L., & Richardson, F. 1978. *Sanity, Stress and Survival*. New York: Signet